

Ceferino Álvarez Rey: Odisea y anábasis de un comunista

¡*Thalassa!*, gritarían los griegos de Jenofonte al comprender, en su vuelta a casa, que en aquella vista del mar Negro, en algún lugar de la costa de Trapezunte, se reflejaban al fin la libertad, la luz del hogar perdido, la propia vida. Habían salido tiempo antes, reclutados para enfrentarse al rey persa Artajerjes II Mnemón, y habían conocido la traición, el acoso aqueménida, las penurias de una travesía de casi cuatro mil kilómetros de territorio enemigo, hasta llegar invictos a aquellas costas que prometían el feliz regreso. Como aquellos diez mil helenos que partieron de Sardes, que habrían de recorrer Asia Menor, costearo el Éufrates hasta Cunaxa, hasta las inmediaciones de la antigua Babilonia, para regresar remontando el Tigris, cruzando aquella inmensa nebulosa del mundo conocido para vencer al persa, como aquéllos, Ceferino Álvarez Rey y los hombres que habitan la historia que revive en sus palabras, todos los héroes anónimos que ya desfilan por el recuerdo, los mineros, los trabajadores, los protagonistas de un socialismo con mayúsculas, todos tuvieron en sus corazones las ideas de libertad, de igualdad, de justicia, como quien entiende que el calor de una idea vale más que la propia vida, o que la vida tan sólo se entiende por sus esperanzas, la tarea inmensa de convertirla, el esfuerzo ingente de transformar el mundo. Como aquellos griegos de Jenofonte, Ceferino Álvarez Rey y sus camaradas hubieron de abandonar la felicidad del hogar, la tranquilidad de la patria, la seguridad de la tierra de la infancia y la primera juventud para emprender la lucha, un viaje con destino incierto que tendría escala en las huelgas de

Asturias, en el drama de la guerra civil, en los campos de refugiados, el exilio, las batallas de la antigua Unión Soviética, los rincones de una Europa dividida y despiadada. Como aquéllos, tal vez llegaron a pensar, en algún momento, en el camino de vuelta, en los destellos del agua cuando la costa ofrece, por fin, la emoción del regreso. Tuvieron que esperar, sin embargo, todos los momentos de una vida de trabajo y esfuerzo, el tiempo que media entre la juventud y los días de madurez para poder asentir, sonreír para sus adentros, como si la legalización del partido y los primeros días de democracia fueran, al fin, la espuma de las olas, del éxito, de la victoria.

Entenderán estas palabras quienes hayan tenido la ocasión de conocer a Ceferino Álvarez Rey y a otros tantos compañeros que, como él, emprendieron un viaje atrevidísimo, cargado de peligros e ideales. Sabrían quienes conocen las biografías de estos hombres que el sacrificio al que estuvieron dispuestos, la valentía con que afrontaron el peligro de la insurrección y las guerras, el arrojo que mostraron en su lucha, llevada más allá de nuestras fronteras, tienen el sabor de las grandes hazañas, como si llegaran venidas de un mundo clásico, extinto, en el que los verdaderos héroes aún se pasearan por la tierra. Cierta épica recorre los detalles de sus vidas, en las que un lector atento, un oído dispuesto sabrá advertir el peso de la historia, la tremenda voluntad de proclamar la libertad de los hombres, el fin de la opresión, la igualdad, el reto consciente de hacer política y subvertir un orden. Harían falta, sin embargo, más palabras para aquellos que, alejados en el tiempo, ajenos a las noticias de un país orgulloso de su memoria y de sus hombres, no hayan podido entonces comprender el verdadero sentido de estas vidas. Harían falta palabras llenas de valor, como aquellas de Ceferino Álvarez Rey, recogidas en este volumen, que contienen guardada la imagen de un mundo que reverbera cuando uno vuelve la mirada hacia él, un ejemplo de lucha

y superación, de firmeza e ideales.

Ésta es la historia de un comunista. Construida desde el recuerdo, en ella se reúnen los textos que dejó escritos Ceferino Álvarez Rey, junto al testimonio oral, de un valor incalculable, que recogiera Manuel Orviz en la famosa entrevista de Portet-sur-Garonne. Es la historia de un hombre que conoció las duras condiciones de vida de la Asturias de principios de siglo, que tomó conciencia de las circunstancias de la clase trabajadora y que se decantó, desde su juventud, por la lucha obrera. Es una historia en primera persona que recorre los paisajes del valle de Turón, describiendo aquellos grupos mineros que trabajaron en las entrañas de las tierras asturianas con el amanecer del siglo, que relata la toma de conciencia de la clase obrera y sus primeras huelgas. Y es mucho más que una simple historia, porque el recorrido de Ceferino Álvarez Rey trasciende la geografía de un valle, una región o un país, para alcanzar las costas africanas y los rincones de la Europa conocida, dejando sobre el polvo del camino el sudor, las lágrimas, la imagen de la lucha sobre el rostro, y en el recuerdo, de amigos y camaradas.

Habría que anotar que el inicio de esta historia tiene más de un siglo. Ceferino Álvarez Rey nació en León, en 1907, y fue, toda su vida, un asturiano. La patria, en ocasiones, también se elige, y también se eligen sus colores; por eso Ceferino decidió cuál habría de ser su hogar, cómo las montañas, los castañedos, el valle de Turón, la familia y la clase obrera asturiana habrían de adornar sus recuerdos de juventud. De aquella primera elección vendría el color de su ideología, el rojo deseo de un futuro mejor, la creencia firme en la revolución proletaria, aquella convicción, guiada por cierto racionalismo prometeico, de que tan sólo la clase obrera podría transformar el mundo, concebir una sociedad más justa, una sociedad sin clases, una sociedad, en definitiva, igualitaria. Si una de las primeras virtudes del hombre es la del respeto por sus antepa-

sados, Ceferino cumplió con la tradición de izquierdas de su familia; participó, siendo niño, en las huelgas de Asturias, llevando comida a los mineros perseguidos, y continuó con su compromiso durante toda una vida. Si entre esas primeras virtudes se encuentra también el ansia por cambiar el orden dado, Ceferino demostró sobradamente su compromiso con los ideales del cambio; toda su historia fue una lucha por un mundo más justo en el que todos tuviesen las mismas oportunidades, una defensa a ultranza de la libertad frente a las amenazas totalitarias. De ahí vendría el signo de su vida, el camino sin vuelta de un hombre comprometido que habría de protagonizar, junto a tantos otros, los inicios del partido comunista, las grandes huelgas asturianas, la oposición a la dictadura de los años veinte, la revolución de octubre, la resistencia en los frentes de la guerra civil, el exilio, las batallas contra el nazismo, sin que dejara escapar en ningún momento el sueño del regreso, cuando al fin el siglo XX supiera enmendar, o enmendara forzado para conseguir que aquellos valores que Ceferino y sus camaradas habían defendido terminaran siendo el lugar común de nuestros días.

Pero cuál es la patria del regreso. El viaje de Ceferino y sus camaradas es una odisea, un periplo bordeado por el dolor y la muerte, la represión, y una sucesión de pruebas, dificultades y esfuerzos. Y mientras él y sus hombres recorren un mundo convulso, mientras una generación de ideales se ve obligada al exilio, mientras tanto, la patria teje y desteje sus días, transcurre lenta durante cuarenta años, demasiado tiempo, tanto que llegan a confundirse los nombres y los protagonistas, y terminan por aparecer hombres nuevos, algo lógico para que este mundo que todos conocemos no deje de cambiar ni se detenga. En qué consiste, entonces, el regreso, y a dónde conduce el camino de vuelta cuando uno ha visto nacer a sus hijos y a sus nietos en otras tierras, ha conocido el amor y el trabajo, los días de felicidad en algún lugar que nunca eligió.

Qué sentido tendría entonces volver cuando nada se parece a aquello que conocimos, ni la tierra que nos vio crecer ni nosotros mismos. Alguien diría que el largo viaje, la odisea de Ceferino y de tantos hombres es un recorrido inconcluso, un círculo que nunca llegará a cerrarse. Podemos pensar, en cambio, que las geometrías de la vida no tienen formas sencillas. Uno sale de su casa un día, siendo un niño, para llevar una bolsa de comida por encargo de su madre y al poco se descubre en Francia, rodeado de sus propios hijos y nietos, acompañado por su mujer, y en ese medio tiempo ha hecho una revolución, ha organizado un sindicato, ha militado en un partido, ha combatido en dos guerras, ha recorrido el mundo hasta los confines de Siberia y ha vuelto, como el común de los mortales, al compás del trabajo, la rutina, el esfuerzo diario que ordena nuestras vidas. Así es la vida de algunos hombres, siempre tan breve, aunque pueda ser longeva, y sin embargo capaz de albergar una historia prodigiosa, un viaje intenso del que uno empieza a sospechar, aun sin quererlo, que no tendrá regreso, que la meta, una vez más, fue el camino.

No encontrará el lector en estas páginas un vademécum marxista, ni recetas historiográficas, ni anotaciones severas acerca de la política que impregnó el pensamiento proletario. No serán ésas las virtudes de estos textos, aunque estén habitados por los protagonistas de la izquierda internacional y española, por las querellas entre comunistas, socialistas y anarquistas, por las posturas del partido, los mítines, los congresos, los recuerdos de las candidaturas y las asambleas. Si todas estas figuras están presentes, sus aportaciones serán tangenciales. El autor no dedica estas memorias a la reflexión pausada ni a la crítica histórica, aquella que tan sólo nos permite la distancia. Se aplica, por el contrario, a la inmediatez, aquella que no permite más recorrido para la vista que aquel que tuvieron los ojos de quienes vivieron los acontecimientos. Ése es el

gran valor del testimonio de Ceferino Álvarez Rey, haber sabido trasladar el ambiente exacto de la Asturias de principios de siglo, con sus miserias, sus duras jornadas, sus luchas incipientes; haber fotografiado el lugar en que se forjó el espíritu de lucha de la clase trabajadora, en que se gestaron las grandes huelgas, en que se precipitó la revolución frente a las derechas, en que se combatió en nombre de la república. Como un periodista de lo instantáneo, Ceferino no aborda las consecuencias de cada acto en el futuro, ni se recrea en digresiones, sino que describe minuciosamente, con una memoria prodigiosa, cada detalle de aquello que vio, cada uno de los sentimientos que animaron sus actos. Participará el lector de aquella anábasis que anotábamos al principio de estas páginas, de un viaje tintado de resonancias clásicas y heroicas que le llevará del valle de Turón y las reuniones clandestinas al ambiente de las minas y las huelgas, de la revolución de octubre a la guerra civil, de los campos de refugiados a la inmensidad de la Unión Soviética. Una odisea, un recorrido de aquel que sabe que sólo la victoria conduce de vuelta a casa.

Mauro DÍAZ

Plataforma Juvenil de Turón

ABRIL DEL 2010